

Apreciaba mucho Enrique á Clarins; veía en este enlace una felicidad inesperada para su prima, y sin embargo se estremecía sin saber por qué. Latía violentamente su corazón y parecía que le aconsejaba no consintiese en semejante union. Sabía que Belly amaba, y quería reprimir este amor, aunque no podía desaprobár su pasión hácia el único hombre que podía convenirle. No le tranquilizaba la promesa de que su prima viviría separada de madama Herbert, porque conocía que esta mujer no accedería á separarse: que por la ridícula pasión que había concebido, seguiría constantemente sus pasos, y viéndose despreciada, se inclinaria á la venganza, y procuraría sembrar la discordia en casa de su hermano. ¡Pobre Enrique! tú conocías lo que había de suceder, y no tenías resolución para conjurar la tempestad oponiéndote á los sentimientos de tu querida prima.

Al terminar el plazo de los ocho días, se presentó Clarins, y al instante leyó su felicidad en los ojos de Belly y en el silencio de su primo. Iba por fin á ser feliz, le aseguraban esta esperanza; y ya no se trataba sino de arreglar los puntos de interés, y el señalar día para el casamiento. Yo quisiera, dijo Clarins, que esta union dichosa se hiciese desde luego con todo sigilo. Mi hermana permanece todavía en mi casa, y no tiene preparada otra para mudarse... Tiene sobre mí una especie de dominio... Si le digo que tengo intención de casarme, se enfurecerá, llorará, y.... ¿qué sé yo? Será mejor que lo sepa cuando ya todo esté concluido, y entónces, como no habrá remedio, será forzoso que tome su partido. Milady Bronton es amiga mía, la he consultado este punto, y me ha ofrecido su castillo y su oratorio para este efecto: su capellán, si os parece nos casará pasado mañana en presencia de tres ó cuatro amigos, sin que mi hermana llegue á saber nada.

Esta disposición, que á Belly pareció sencillísima, no fué de la aprobación de Enrique, el cual manifestó algunas dificultades, que su misma prima desvaneció, diciéndole por fin, que aquella no era mas que una precaucion momentánea, y añadiendo: Madama Herbert me ama y me ha dado mil testimonios de su afecto; el disgusto que puede concebir, y que mirado á fondo solo es efecto de lo mucho que ama á su hermano, será menor cuando sepa que soy yo su cuñada; estoy segura de que me estrechará en sus brazos, y de que léjos de dejarnos, se complacerá en vivir tranquilamente con nosotros.

Enrique miró enternecido á su prima, y aun se le asomaron las

lágrimas á los ojos; pero como era bueno, sensible y confiado, no quiso afligirla, y convino en todo. Clarins, lleno de satisfacción, hizo en secreto todos los preparativos, y el día señalado para su enlace condujo Enrique á su prima al castillo de milady Bronton, que se mostró contentísima de la fortuna de su protegida.

Verificóse la union, y no pensaron luego sino en comer juntos con aquella alegría y amistosa franqueza que siempre excita un matrimonio bien dispuesto; pero ¡cuál sería la sorpresa de Clarins cuando al fin de la comida vió entrar á su hermana! Conoció que milady Bronton le había vendido, y le dirigió una terrible mirada; pero ella, sin hacer caso, se levantó y corrió á abrazar á la Herbert, diciéndole: Venid, querida amiga, venid á manifestar á mis huéspedes que les he proporcionado una agradable sorpresa. Clarins, vos os recelabais de una hermana tiernísima, y sin motivo alguno, pues ha sabido vuestros proyectos, y solo viene aquí para aprobarlos con la mayor cordialidad.

Si, hermano mio, exclamó la Herbert, abrazando á Clarins: estoy contentísima de tu felicidad, y sobre todo de que hayas tenido tan acertada elección. Ven, graciosa Belly, ven á mis brazos, hermana mía, y sabed todos que si he tenido algun resentimiento de vuestra reserva, á fuerza de finezas os manifestaré el agravio que me habéis hecho.

Belly abrazó á la Herbert: Clarins estaba atónito de oír á su hermana; pero Enrique, fijos los ojos en el suelo, parecía que se recelaba de la sinceridad de esta mujer; y todos formaban un cuadro verdaderamente extraño, que se prolongó silenciosamente un breve rato. Al fin Clarins dijo á su hermana: Hoy mismo hubieras sabido mi nuevo estado, aunque temía que me reconviniesses con la promesa que te había hecho de pasar mis días sin separarme de ti; pero una vez que el amor me ha hecho quebrantarla, está en tu arbitrio tomar el partido que te parezca mejor. Mis papeles están arreglados, y tu fortuna se halla absolutamente independiente de la mía. Está hecha la division de bienes, en la cual reconocerás muchas ventajas: por lo tanto espero que te retirarás adonde quisieres. — ¿Adónde me he de retirar, cruel? ¿no sabes que me es imposible separarme de ti? ¿que amo hace mucho tiempo á tu esposa, y que toda mi dicha será vivir en su compañía? — Nada de eso, hermana, nada de eso. Conozco demasiado tu genio, tus arrebatos y tus extravagancias para cometer la necedad de exponer á ellas á Belly. La diferencia de edad entre vosotras es un obstáculo invencible. En fin

quiero ser libre, y que tambien lo sea mi esposa. En este supuesto, toma tu partido, ó tomaré yo el mio.

Clarins, á quien este acto de firmeza le habia sido desconocido hasta entónces, esperaba, lleno de satisfaccion, la respuesta de su hermana. Esta, picada hasta lo sumo, pero queriendo llevar adelante su fingido papel, despues de haberse mordido los labios, continuó así : Es cosa indigna y terrible, Clarins, injuriar de tal manera y en presencia de gentes desconocidas á una hermana que siempre te ha dado continuos testimonios de su afecto, y que por ti se ha sujetado con voto al celibato. Cuando tú eres quien me engaña, y el primero que quebranta nuestro reciproco empeño, ¿ tienes valor para decirme cosas tan duras, y pretendes desterrarme de una casa tuya y mia á un mismo tiempo ? ¡ Ah ! ¡ cuánto necesito recordar nuestro antiguo afecto para olvidar semejante proceder ! Podré hacerlo ; pero sea esta la última ocasion en que me obligues á tan grande esfuerzo ; no vuelva yo á oír hablar de separacion. Bien concibo que puedes tener corazon para resolverte á vivir léjos de una hermana que ha sido tu íntima y única compañía ; conozco que puedes aborrecerla, detestarla, suponerle impertinencias, y aun agravios ; pero yo, que no soy injusta ni de alma tan fria, no tengo resolucion para separarme de un hermano á quien amo, y de su esposa, á quien si no es por mí no hubiera él conocido, cuya felicidad actual es obra mia, y á la cual quiero tratar siempre como á mi mas tierna amiga.

Madama Clarins, víctima de este artificioso discurso, abrazó á la Herbert diciendo : Sí, querida hermana, yo soy vuestra amiga, y nos amaremos eternamente. — ¿ No la oyes, hermano ? preguntala si quiere separarse de mí : desde luego me sujeto á su dictámen. — Nunca, nunca : querido esposo, concédeme la gracia de vivir con tan digna hermana, que será mi mas dulce compañera.

Clarins guardó silencio ; Enrique, pesaroso de ver la facilidad de su prima, quiso hablar ; pero conociéndolo la Herbert se anticipó diciéndole : Yo creo que no seréis de distinto parecer que vuestra prima : bien conocéis lo mucho que aprecio su familia, y estoy segura de que me haréis la justicia de creer que no puedo ménos de interesarme en la felicidad de mi hermano y de su esposa. Sonrióse, al decir estas palabras, y Enrique no tuvo valor para oponerse á sus ideas. Clarins se sorprendia viendo los repetidos abrazos de las dos cuñadas. Al fin quedó decidido que

viviesen todos juntos, con gran sentimiento de Enrique, que nunca hubiera consentido en semejante enlace, á prever este arreglo. Sin embargo, tomó su partido, porque temia á la Herbert ; y como gustaba de la soledad para entregarse á sus ocupaciones favoritas, volvió solo á Briste, donde se encerró en su gabinete, firmemente resuelto á no ir á Surrey sino muy raras veces. En vano su prima, que echaba de ménos su compañía, le instaba para que viniese á establecerse mas cerca, pues no pudo alterar la resolucion de Enrique, que todos graduaron de misantropía, ménos la Herbert, que sabia muy bien la causa.

No se crea que esta perversa mujer mantenía esperanzas de seducirle ó casarse con él, nada de eso ; solo pensaba en arruinarle, juntamente con su prima, y aun con su mismo hermano á quien no podia perdonar el matrimonio que habia contraído. Con la idea de dirigir desde léjos sus baterías habia fingido mucha satisfaccion ; y si deseaba permanecer en la casa era solo para ejecutar con mas facilidad sus bárbaros designios. Milady Bronton, que sin causa para querer mal á Belly envidiaba su elevacion, habia participado á la Herbert el desposorio dispuesto en su casa, y ambas arreglaron la escena de la falsa ternura que hemos referido. Por algun tiempo trató la Herbert á su hermano y cuñada con la mayor afabilidad, y por este medio se aseguró tanto en la confianza de Clarins, que ganó enteramente su voluntad. Entónces fué cuando dió principio al drama que habia forjado. ¡ Conducta atroz ! ¡ Horrible venganza, ejecutada en una inocente, y que por desgracia se hallaba próxima al parto !

En el espacio de ocho meses solo tres veces habia ido Enrique á Surrey. Su prima, que le amaba, determinó ir un dia á sorprenderle en Briste, y comunicó esta idea á su cuñada, que la aprobó y se ofreció á acompañarla. En consecuencia salieron una mañana para Briste, previniendo á Clarins que volverian al dia siguiente. Durante su ausencia, se presentó á Clarins un aldeano, diciéndole que tenia que hablarle en secreto ; le introdujo en su gabinete, donde le preguntó qué era lo que tenia que comunicarle, y el aldeano le dijo : Perdonadme si procuro hablaros á solas, porque sentiria ponerlos en la precision de avergonzaros delante de gentes. — ¿ Yo avergonzarme ? el hombre honrado nunca tiene por qué. — Ya, pero..... perdonadme ; porque..... la miseria en que me veo... la ingratitud de una hija que me causa grandes pesares... — Proseguid sin turbaros ; enjugad vuestras lágrimas, pues me disgusta que un hombre tenga la debilidad de

llorar delante de otro. — ¿Y cómo es posible no llorar? ¡ ah, buen señor!... vos mismo bien pronto.... — Yo creo, amigo, que el pesar ha alterado vuestro juicio. — No será extraño ¡ porque soy tan desdichado!... — Pues contadme vuestros males, que si puedo aliviarlos... — ¡ Oh! nadie en el mundo sino vos, puede consolarme. — Pues hablad. — Es que tal vez... os enojaréis.... me echaréis... ¿ qué sé yo?..... — Pero bien : acabad de explicaros. — Yo, señor, aunque pobre labrador, tengo honradez; y en cuanto á esto, no cedo á nadie. — Yo lo creo; adelante. — No tenía sino una hija, la cual era muy hermosa ; pero esta me dejó siendo tan jóven que tendria mucho trabajo en reconocerla; bien que no me atreveria á ponerme en su presencia. — ¿ Y por qué? — ¡ Ha llegado á ser tan gran señora!... — Por la misma razon debéis presentaros á ella, para que dulcifique vuestra suerte; ¿ pero quién es? ¿ la conozco yo? — ¿ Si la conocéis?... es vuestra esposa... — ¡ Cielos! ¿ qué decís? ¿ Belly?... — Sí, ese es su nombre. — ¿ Mi esposa es hija tuya? — Conozco que si en decirlo os ofendo... — No, no : explicate : tú dices.... — Digo que soy padre de vuestra esposa, que en edad muy tierna dejó mi pobre casa; y solo hace quince dias que he sabido la gran fortuna que ha hecho. — ¡ Infeliz!... mira no te engañes. — No me engaño : ha sido educada en la ciudad en casa de una señora que le ha enseñado la música, la pintura y otras mil cosas; pero no le ha enseñado á respetar á su padre, socorrerle en su miseria, y consolarle en sus cansados dias. — Buen hombre, yo creo que deliras : mi mujer era huérfana; y ella y su primo no tenían padres cuando..... — ¿ Qué primo? yo he sido hijo solo, y por consiguiente Belly no puede tener primo. — ¡ Cielos!... ¿ Cómo?... Enrique, que vivia con ella... — Yo no tengo noticia de tal Enrique. — ¡ Gran Dios! Quedó Clarins absorto un gran rato; no se atrevia á entregarse al tropel de reflexiones que se agolpaban á su imaginacion; pero al fin persuadido de que el labrador confundia las especies, ó no estaba en su juicio, continuó diciéndole : Hombre, cualquiera que seas, tiembra de engañarme; y sobre todo dáme pruebas de lo que afirmas : ¿ quién eres? ¿ cómo te llamas? — Me llamo Tomas Benk; he nacido y vivido siempre en Forshire, que dista de aquí veinte millas, y en donde habiendo quedado viudo, criaba tranquilamente á mi hija Belly dedicándola á las labores del campo. Pasando por allí un dia una señora, me pidió á mi hija, y se la llevó á Lóndres para educarla. — ¿ Como se llamaba esa señora? — Lady Varing; pero murió hace mucho tiempo, y desde entónces no he sabido

adónde se habia retirado mi hija. Solamente pude averiguar que hacia retratos. Le escribí muchas cartas, ó por mejor decir, hice que le escribiera nuestro rector, y.... — ¿ No te respondió? — Algunas veces. — ¿ Tienes algunas cartas tuyas? — Sí, señor : ved aquí un paquete : bien conoceréis su letra.

Temblando tomó Clarins el paquete de cartas; desdobló una y leyó :

« Mi querida hija : esta sirve...

EL LABRADOR.

¡ Ah! esa es una carta mia, en que la preguntaba.... pero leedla; y luego veréis su respuesta.

CLARINS leyendo.

« Mi querida hija : esta sirve para preguntarte si sigues siempre el camino del honor. Te participo que mis dos últimas vacas han muerto, y me veo arruinado. He sabido que ganas bastante haciendo retratos, y así procura enviarme alguna cosa; bien que son muchas las veces que te he suplicado lo mismo y nunca me has socorrido. Si haces lo mismo ahora, la desgracia te perseguirá, como sucede á los hijos ingratos : si me envías algun socorro, lo pondrás en poder del rector Sompton en Forshire; y queda tuyo tu padre. — Tomas Benk. »

EL LABRADOR.

Leed ahora lo que me respondió.

CLARINS leyendo y confundido de reconocer la letra de su mujer.

« Mi venerado Párroco : me son muy sensibles las desgracias acaecidas al virtuoso Tomas Benk, á quien respeto y amo tanto...

EL LABRADOR.

¡ No quiere llamarme padre, porque le pareceria vergonzoso !

CLARINS continuando.

» Por desgracia nada puedo hacer por él, porque yo misma estoy muy necesitada. Las artes son poco lucrativas. Los que nos entregamos á ellas recibimos continuas alabanzas; pero la fortuna huye de nuestros obradores, y va á enriquecer al exactor y atormentador de su país. En la actualidad tengo muy poco que hacer. Por lo que toca al jóven, ya conocéis su cabeza, y los pocos recursos de la profesion que ejerce....

EL LABRADOR.

¡ Por lo que hace al jóven! nunca he podido entender lo que esto quiere decir....

CLARINS suspira y prosigue.

» Decid pues al buen Tomas que deje de perseguirme; y á la

» verdad no podría hacer mas si yo le debiera mi educacion y la
» poca destreza que tengo en mis labores, cuando á vos solo y á
» la respetable Lady Varing debo cuanto soy. Á Dios, hombre
» virtuoso : y no digáis donde vivo al que os hace escribir, por-
» que quiero librarme de sus importunidades, aunque no ceso de
» suplicar al cielo que haga feliz á un hombre á quien debo la
» vida. »

EL LABRADOR.

¡ Á quien debo la vida ! no es poca fortuna que se digne confe-
sarlo ; ved, ved las demas cartas.

Clarins, turbado hasta lo sumo, leyó rápidamente dos ó tres
dirigidas por Belly al rector de Forshire, en las que se hacia men-
cion de Tomas, pero sin llamarle padre. Esto debia chocar á cual-
quiera hombre que hubiese sospechado que su esposa tenia ene-
migos ; pero Clarins consideraba á la suya rodeada solo de
amigos, y creia que nadie podia tener intencion de perjudicarla :
por esto nada le ocurrió á Clarins en defensa de su mujer ; y de-
jóse caer en un canapé exclamando : ¡ Oh Dios ! ¡ Enrique no es
su primo !

El astuto labrador recargó sobre la especie del primo, insistien-
do en que era falso semejante parentesco, pues nunca habia te-
nido hermanos. Este hombre apoyaba todo lo que podia interpre-
tarse siniestramente contra la inocente Belly ; mas viendo que
Clarins le miraba con ojos espantados, conoció su necedad, y qui-
so repararla ponderando la mucha virtud de su hija en todo, mé-
nos en el agradecimiento. Pero estaba ya clavada la flecha en el
corazon del infeliz esposo : sospechaba, ó por mejor decir, creia
que Enrique era un amante, con quien Belly habia vivido libre-
mente ántes de su matrimonio, y con quien era de temer que conti-
nuase faltando á sus obligaciones. Al fin dijo al labrador : Quedaos
aquí, porque mi mujer no está en casa, ni volverá hasta mañana ;
pero quiero que abrace á su padre delante de mí. Sin embargo,
á nadie digáis los secretos que me habéis confiado, porque tengo
motivos poderosos para ocultarlos. El labrador, algo confuso, res-
pondió : No puedo detenerme porque tengo empezada la siembra ;
volveré despues y me detendré todo lo que quisieris. — Pues
¿ á qué habéis venido ? — Solo á ver á mi hija y á mi yerno, y vol-
verme al punto. — Deteneos solo un dia. — No puede ser, no
puede ser.

Todos los esfuerzos de sir Clarins para detener al labrador fue-
ron en vano : lo único que alcanzó fué que le dejara todas las cartas

de su mujer. Se despidió Tomas cargado de regalos que le hizo
Clarins, que creia reparar con sus beneficios la ingratitud de su
mujer para con su padre.

¡ Considérese el estado de este infeliz luego que se ausentó el
labrador ! La humilde condicion de Belly y el habérsela oculta-
do, le era ménos sensible que su íntimo trato con un jóven encu-
bierto bajo el título de primo. Sintió profundamente el dolor de
los celos y del desprecio ; pero para asegurarse mas de la inteli-
gencia criminal que ya daba por supuesta, partió inmediatamente
al castillo de milady Bronton, la cual, segun lo habia dicho
várias veces, conoció á los padres de los dos primos. No halló á
esta señora, porque atraida de la fama de unas grandes funcio-
nes que se daban en el coliseo de Lóndres, habia marchado allá
por uno ó dos meses. Desconsolado con este contratiempo, tuvo
intencion de mandar á su cochero que tomase el camino de Lón-
dres para aclarar este misterio ; pero no se resolvió á nada, sin
consultar ántes con su hermana, en quien tenia entera confianza,
y que amaba tanto á su esposa. Bien se deja conocer la agitacion
con que pasaria la noche, y la impaciencia con que esperaba la
vuelta de las dos señoras.

Al fin llegaron : madama Clarins abrazó á su marido, y le dijo :
Mi primo está bueno, y me ha encargado que te hiciera presente
su mucho afecto : no puede venir á verte, porque está acabando
una obrita que le han encargado con mucha prisa.

Clarins, al oír la palabra de *primo*, arqueó las cejas, y se desvio
de los brazos de su mujer, la cual como jóven y muy viva no hi-
zo gran reparo en esto. Sin embargo, no dejó de observar despues
cierta frialdad en su esposo ; pero lo atribuyó al disgusto de ha-
berse visto ausente de ella veinte y cuatro horas. Fuése Belly á
mudarse de ropa, y entre tanto Clarins rogó á su hermana
que pasase á su cuarto, pues tenia que hablarle en secreto.
Madama Herbert buscó un pretexto para dejar en su habitacion
á Belly y pasó á la de su hermano.

Aquí se suspendió la lectura, para continuarla la tarde si-
guiente.